

reviento de furor, voy á estallar cual bomba. Y tú, hoja pérfida, que haces traicion á tu señor en el momento supremo, ¿así es como recompensas el que siempre te haya abrevado en la sangre de los más valerosos capitanes y de los más intrépidos duelistas? No sé como no te rompo en mil pedazos contra mi rodilla, por cobarde, perjura y traidora; pero tú has querido hacerme ver que el verdadero guerrero debe de permanecer siempre en la brecha y no olvidarlo entretenido en aventuras amorosas. En efecto, esta semana no he deshecho ningun ejército, no he combatido ni orca ni dragon, no he proporcionado á la muerte su racion de cadáveres, y el moho se ha apoderado de mi tizona: moho de vergüenza, soldadura de ociosidad. A los propios ojos de mi bella ese boquirubio me befa, me insulta y me provoca. ¡Leccion profunda! ¡enseñanza filosófica! ¡apólogo moral! Desde hoy mataré dos ó tres hombres antes de almorzar, para estar seguro de que mi tizona se desliza libremente. Házmelo presente, Intrigante.

—Como Leandro puede volver, ¿qué os parece si entre todos intentásemos sacar de la vaina ese formidable acero?— dijo el Intrigante.

Matamoros se apuntaló contra una piedra, el escudero se agarró á la empuñadura, Pandolfo al escudero y el tabellion á Pandolfo, y despues de algunas sacudidas la hoja salió al esfuerzo de los tres, quienes fueron á caer patas arriba á alguna distancia, mientras al fanfarron le sucedia lo mismo del otro lado, empuñando todavía con ambas manos la vaina de la tizona.

Levantado al punto, tomó la espada, y exclamó con énfasis.

—Leandro ha dejado de existir; no le queda más recurso, para evitar la muerte, que emigrar á algun planeta lejano. Hundiérase en el corazon de la tierra, y lo conduciria á la superficie para atravesarle con mi hierro, á ménos que se convirtiese en piedra al influjo de mi mirada horrenda y medusiana.

A pesar de tan tremendo descalabro, ninguna duda se le ocurrió al obstinado viejo Pandolfo respecto del heroismo de Matamoros, y persistió en la descabellada idea de dar por marido á su hija tan magnífico señor. Isabel acudió á las lágrimas, diciendo que á tal himeneo preferia el convento; Zerbina defendió con todas sus fuerzas el hermoso Leandro, jurando que aquel matrimonio no se llevaria á efecto. Matamoros atribuyó tan fria acogida á un exceso de pudor, pues la gente bien educada no hace alarde de la pasion. Por otra parte él no se habia declarado aun, no se habia exhibido todavía en todo su esplendor, imitando en esto la discrecion de Júpiter hácia Semele, quien, por haber querido conocer á su divino amante en el brillo de su poderío, cayó quemada y reducida á un puñado de ceniza.

Sin prestarle más atencion, las dos mujeres volvieron á meterse en la casa. Matamoros, echándoselas de galante, mandó á su escudero por una guitarra, y apoyando un pié sobre un guardacanton, empezó á hacer cosquillas en el vientre del instrumento para hacerlo reir. Luego se puso á maullar unas seguidillas, en andaluz, con trasportes de voz tan extravagantes, juegos de gznate tan extraños, notas tan imposibles, que se la hubiera tomado por la serenata dada por Rominagrobis debajo de la gotera de la gata blanca.

Un jarro de agua vertido por Zerbina, bajo el malicioso pretexto de regar las flores, no apagó su furia filarmónica.

—Lágrimas de ternura desprendidas de los ojos de Isabel son esas gotas,—dijo Matamoros;—á lo héroe reuno yo lo filarmónico, y manejo la lira con igual destreza que la espada.

Desgraciadamente, inquietado por el ruido, Leandro, que rondaba por las cercanías, apareció de nuevo, y no sufriendo que aquel fátuo diese música debajo del balcon de su amada, arrancó la guitarra de las manos de Matamoros, estúpido de pavor; luego le dió tan fuerte en el cráneo, que la barriga del instrumento reventó, y el fanfarron, pasando por ella la cabeza, quedó prendido por el cuello como en una canga

china. Leandro no soltando por esto el mango de la guitarra, empezó á tirar bruscamente de ella en todos sentidos, haciendo dar al pobre Matamoros contra los bastidores, y socarrándole en las candilejas; todo lo cual formaba juegos escénicos tan ridículos como divertidos. Despues de haberse entretenido buen rato con él, le soltó súbitamente y le dejó caer de bruces. Júzguese de la facha que en esta postura hacia el infortunado Matamoros, quien por tocado parecia llevar una sarten.

No dieron aquí término sus desdichas. El escudero de Leandro, cuya fecundidad de ingenio era bien conocida, habia maquinado ciertas estratagemas para impedir el casamiento de Isabel y Matamoros. Instruida por él, se presentó cierta Doralice muy coqueta y amiga de cortejos, acompañada de un su hermano espadachin representado por el Tirano, armado con su rostro el más fiero y llevando debajo del brazo dos inconmensurables espadas que dibujaban una cruz de San Andrés de aspecto más que terrorífico. La doncella se quejó de haber sido engañada por el señor Matamoros y abandonada por Isabel la hija de Pandolfo, ultraje que reclamaba una reparacion sangrienta.

—Despachad pronto á ese maton,—dijo Pandolfo á su futuro yerno;—eso será cosa de juego para vuestro incomparable valor.

Bien contra su voluntad, Matamoros se puso en guardia despues de mil divertidos dengues; pero temblaba como débil hoja movida por el viento, y el espadachin, hermano de Doralice, le hizo saltar la espada de las manos al primer choque del hierro y la emprendió contra él á cintarazos hasta hacerle pedir gracia.

Para colmo de ridículo, la señora Leonarda, vestida de dueña española, apareció enjugándose sus ojos de mochuelo con un descomunal pañuelo de yerbas, exhalando suspiros capaces de quebrantar una peña y poniendo en las narices de Pandolfo una promesa de matrimonio con la firma con-

trahecha de Matamoros. Una nueva tempestad de golpes, porrazos y mojicones cayó sobre el infeliz convicto de tan pérfidos enredos, y por unanimidad fué condenado á casar la Leonarda en castigo de su jactancia, sus bravatas y sus folloneras. Pandolfo, desengañado de Matamoros, no opuso más dificultades en conceder la mano de su hija á Leandro, cumplido caballero.

Esta bufonada, animada con el juego de los actores, fué estrepitosamente aplaudida. Los hombres encontraron encantadora á la doncella, las mujeres hicieron justicia á la pudorosa gracia de Isabel, y Matamoros fué el héroe de la fiesta; difícil hubiera sido hallar físico más adecuado al personaje, énfasis más grotesco, gesto más singular y más espontáneo. Leandro se captó la admiracion de las bellas, aunque fué juzgado algo fátuo por los caballeros. Era el efecto que de ordinario producía, y, á decir verdad, no deseaba él otra cosa, más cuidadoso como era de su persona que de su talento. La belleza de Serafina no careció de admiradores, y más de un caballero, á riesgo de disgustar á su hermosa vecina, juró por sus bigotes que la comedianta era una jóven adorable.

Sigognac, oculto detrás de un bastidor, habia pasado un rato delicioso oyendo á Isabel, aunque alguna vez habia experimentado secretos celos por la manera tierna con que respondía á Leandro. Y á fé que no recibiera nuestro enamorado tal impresion á estar acostumbrado á los fingidos amores del teatro, que á menudo ocultan aversiones profundas y enemistades reales. Así es que, una vez concluida la representacion, cumplimentó á la actriz con cierta violencia de que la jóven se apercibió y adivinó la causa sin grandes esfuerzos.

—Desempeñais el papel de amante de un modo tan admirable, Isabel, que uno podría tomar por realidad la ficcion,—dijo á la jóven el de Sigognac.

—¿No es mi oficio,—respondió Isabel sonriendo,—y no es

por eso por lo que me ha contratado el director de la compañía?

—Sin duda,—dijo el Baron;—¡pero como aparentabais estar sinceramente enamorada de ese fátuo que no sabe más que enseñar los dientes como un perro al que se excita, extender la corva y hacer ostentacion de su modelada pierna!

—¿No lo exigia así el argumento? ¿debía yo permanecer como un zoquete con una cara de á palmo? ¿No he por otra parte conservado la modestia de persona bien educada? Si en esto he faltado, decídmelo y me corregiré.

—¡Oh! no. Parecíais una púdica doncella cuidadosamente educada en la escuela de las buenas costumbres, y nada de reprochable ha habido en vos, tan verdadera, tan decente, tan naturalmente habeis desempeñado vuestro papel.

—Mi querido Baron, las luces se apagan. La compañía se ha retirado y vamos á quedar envueltos en tinieblas. Echadme esta capa en los hombros y hacedme el favor de acompañarme hasta mi cuarto.

Sigognac desempeñó sin demasiada torpeza, aunque le temblasen algo las manos, el para él nuevo oficio de cortejo de una mujer de teatro, y ambos salieron de la sala en la que no quedaba nadie.

El invernadero estaba situado algo distante del castillo, un poco á la izquierda en medio de un bosque. La fachada que se percibía de este lado no desmerecía nada de la otra. Como el suelo del parque era más bajo de nivel que el del parterre, este se desarrollaba en forma de terraplen bordeado de un pretil de barrigudos balustres, cortados de trecho en trecho por zócalos que sustentaban enormes vasos de loza blanca y azul que contenian arbustos y flores de la estacion.

Una escalera á doble tramo, que formaba sobre el muro de sostenimiento del terraplen un cuerpo saliente formado de grandes paños de ladrillo con marco de piedra, descendía al parque; ofreciendo el conjunto un aspecto por demás majestuoso.



ISABEL Y SIGOGNAC SUBIERON LA ESCALERA, Y SEDUCIDOS POR LA BELLEZA DE LA NOCHE.....

Podrían poco más ó ménos ser las nueve. La luna se remontaba en el horizonte. Un ligero vapor parecido á una gasa de plata, á la par que dulcificaba los contornos de los objetos, no impedía distinguirlos. Percibíase perfectamente la fachada del castillo, algunas de cuyas ventanas se veían alumbradas por rojiza luz, mientras que ciertos vidrios, heridos por los rayos del astro nocturno, brillaban bruscamente como escamas de pescado. A esta luz, los rosados tonos de los ladrillos tomaban un color lila de extremada suavidad, y un tinte gris perla los asientos. Sobre las nuevas pizarras de los tejados, cual sobre pulimentado acero, se deslizaban blancos reflejos, y la negra randa de la cresta se dibujaba sobre un cielo de transparencia lechosa. Gotas de luz salpicaban las hojas de los arbustos y el esmalte de los vasos, y cubrían de diamantes la alfombra de yerba que se extendía delante del terraplen. Si la vista se dirigía á lo léjos, el espectáculo era no ménos encantador: descubriáanse las alamedas del parque perdiéndose, como los paisages de Breughel de Paradis, entre brumas de azur, al extremo de las cuales brillaban de vez en cuando argentados reflejos producidos por alguna marmórea estatua ó un surtidor.

Isabel y Sigognac subieron la escalera, y seducidos por la belleza de la noche dieron algunas vueltas por el terrado antes de dirigirse á sus respectivas habitaciones. Como el sitio estaba descubierto, á la vista del castillo, el paseo nocturno no alarmó el pudor de la jóven actriz. Por otra parte, la timidez del Baron la tranquilizaba, y aunque su empleo en la compañía fuese el de dama jóven, sabia demasiado de achaque de amores para no ignorar que una de las cualidades de la verdadera pasion es el respeto. Sigognac no le habia hecho declaracion alguna formal, pero ella se sentia amada de este y no temia de su parte ningun acto que pudiese ofender su virtud.

Con la encantadora cortedad de los amores nacientes, aquella jóven pareja, paseándose uno al lado del otro á la luz de